

Au

Rosendo odiaba el frío y por eso detestaba tener que subir hasta la estación número nueve, la última del cable carril, que conectaba la mina con el pueblo de Chilecito situado en la base del cerro Famatina. Rosendo renegaba porque había tenido que hacer los más de treinta kilómetros de ascenso en mula, en esa época del año los vagones del tendido viajaban cargados de materiales de la extracción, piedras y tierra, y no había lugar para viajeros casuales. Cuando se apeó del animal apenas podía sentir los dedos de sus manos, a pesar de que se había puesto todos los abrigo que tenía, a cuatro mil metros de altura el clima era cualquier cosa menos agradable. Como capataz en jefe no se había podido negar al recibir el aviso de que habían descubierto un nuevo filón, el mensaje resaltaba que se trataba de uno importante.

Rosendo llevaba trabajando en la mina desde sus comienzos, cuando los ingleses la construyeron y la pusieron en funcionamiento, para finalmente volverse a su Londres natal a esperar los cargamentos de mineral, que se habían cumplido de manera religiosa cada mes durante los últimos veinte años. Para asegurarse esa efectividad habían dejado a cargo a capataces como Rosendo, si alguien sabía cómo hacer que se cumplieran las órdenes, era él; desde el viejo continente no hacían preguntas sobre el cómo, siempre y cuando el oro llegara de manera contante y sonante.

Las miradas aterradas de los mineros, que se desviaban cuando se cruzaban con el capataz, daban fe de su rigurosidad. El látigo enrollado en el cinturón y la pistola en la cartuchera se habían convertido en parte del uniforme, y en un recordatorio constante de que lo mejor era seguir las reglas. Si había algo que Rosendo odiara más que el frío, eran los hombres que tenía a su cargo. No veía en ellos otra cosa que basura, seres de la peor calaña que sólo buscaban la manera de rehuir al trabajo y emborracharse. Pero lo que más detestaba eran los robos: los pequeños trozos de oro eran una tentación constante para esa gente y no podía descuidarse un segundo. No era la fidelidad hacía sus patrones lo que lo llevaba a ser tan severo en esos casos, sino que esos hurtos menores podían afectar a la cuota mensual, y eso le hacía más difícil disimular el pequeño desvío personal que tenía para su fondo de retiro. Además, ¿para qué querían el oro esos indios muertos de hambre? ¿Para gastarlo en alcohol? ¿En prostitutas? Rosendo imaginaba el final de su carrera en una casa de campo viviendo en paz, y para eso necesitaba reforzar su magro sueldo de capataz. No iba a permitir que un puñado de mineros zaparrastrosos le arruinara los planes. Eran legendarios sus ataques de furia cuando descubría en sus inspecciones el mínimo indicio de oro oculto en el pliegue de una camisa, o en el fondo de un zapato. Sus escarmientos hacían temblar la mina entera. El chasquido de su látigo al cortar el aire era bien conocido por todos, cientos de espaldas con rojas cicatrices atestiguaban la brutalidad. Si el monto del hurto era considerable los culpables acababan estaqueados: para ello tenía un campo de castigo en las zonas más bajas del cerro donde la intensidad del sol taladraba la piel. Los quemados, como eran conocidas las víctimas, tardaban semanas en recuperarse y muchas veces ya no podían volver al trabajo, ni a la vida.

Rosendo nunca lo iba a reconocer en público, pero en el fondo esperaba con ansías encontrar alguna falta, su sadismo le hacía creer que con cada latigazo redimía a esos pobres infelices y los libraba de la carga de ser unas bestias, al menos hasta el siguiente robo que cometieran.

Avanzó con dificultad en medio del viento helado hasta la entrada principal de la mina, donde lo esperaban para conducirlo hasta el filón. Rosendo reconoció a Tomás enseguida, si bien todos los mineros se parecían con sus trajes y sus cascos, las marcas rojas que este tenía en el rostro eran inconfundibles; sobre todo porque Rosendo era el autor. Había sido un caso reciente. Rosendo había encontrado robando al hermano de Tomás, la cantidad era pequeña, pero como venían sufriendo una seguidilla de robos decidió dar el ejemplo y lo estaqueó. La dureza del castigo, sumada a que el capataz se excedió en el tiempo que lo dejó a la intemperie, resultó en que al momento de ir a buscarlo, lo que encontraron colgando entre las cuatro estacas de madera fue un cadáver. No fue el exceso lo que sorprendió a Rosendo, no sería la primera ni la última vez que ocurriría algo así, lo que lo tomó desprevenido fue encontrarse con Tomás que había ido a su encuentro para exigirle explicaciones, mientras le gritaba frente al resto de los mineros que era un asesino.

La cantidad de golpes que dio Rosendo en esa oportunidad fue impresionante, nadie los contó y el solo recordaba que había terminado con la mano del látigo acalambrada. La cuota fue por partida doble: los latigazos de la espalda fueron por ser hermano de un ladrón, los de la cara por desacatado. Estos últimos eran un buen recordatorio para que aquellos que tenían ganas de reclamar se lo pensarán dos veces. A Rosendo lo invadió una oleada de placer al ver a Tomás desviando la mirada, tratando de ocultar el rostro lacerado; las piernas del joven minero temblaban y no era por el frío.

Ingresaron a la mina en silencio. Rosendo seguía de cerca a Tomás, feliz de poder dejar atrás el frío del cerro, a medida que se internaban en los túneles se hacían presentes el calor y el polvo que flotaba en el aire de manera constante.

Cada vez que se cruzaban con un grupo de mineros, estos movían las herramientas con más energía, advertidos de la presencia del capataz nadie quería parecer holgazán. Rosendo sabía que ese frenesí de actividad que veía no era más que una actuación, le gustaba infundir ese temor a los hombres. De no haber estado apurado, se hubiera quedado supervisado el trabajo de algún equipo, solo para ver hasta qué punto aguantarían el ritmo, listo para aplicar un correctivo al primero que flaqueara. Ganas no le faltaban. Pero quería llegar al filón cuanto antes. Los mineros tendían a exagerar y cada vez que encontraban uno lo anunciaban como el más importante, el más grande de la mina; solían terminar castigados por mentirosos. Si Tomás estaba haciéndole perder el tiempo, seguramente acabaría como su hermano. De todos modos tenía que asegurarse, el hallazgo real de una reserva importante de minerales sería un regalo estupendo que le permitiría adelantar varios años su retiro.

A medida que se internaban en lo profundo del cerro Rosendo se encontró caminando por pasillos que no había visto antes, la mina parecía tener vida propia y crecer en todas direcciones. Se reía por dentro, pensando en que la iban a tener que dar un reconocimiento a su látigo, de no haber sido por él esos vagos apenas seguirían escarbando en la superficie. La profundidad aumentaba la sensación de agobio y pesadez, pero que el hallazgo estuviera internado en el corazón de la piedra aumentaba las probabilidades de que se tratara de algo que valiera la pena, la codicia crecía con cada paso.

El último tramo lo tuvieron que hacer con mucho cuidado, se notaba que la zona era nueva y estaba apuntalada de manera temporal; un grupo reducido de mineros trabajaba para asegurar el lugar. Tomás se detuvo frente a una abertura y se la señaló al capataz sin emitir un solo sonido. Rosendo se adelantó y aprovechó

el momento para echar un vistazo de regodeo al rostro de Tomás: las mejillas estaban surcadas por profundos rasguños que aún no se habían curado del todo, el rojo de la carne lacerada parecía brillar en la oscuridad, una cicatriz larga le cruzaba la cara desde la ceja derecha hasta el mentón; de milagro se había salvado de perder el ojo.

Rosendo atravesó la entrada provisional y se encontró con una pequeña cueva, el polvo todavía flotaba espeso en el aire, por lo visto la voladura había sido reciente. Avanzó con cuidado para no tropezarse con los escombros, ayudado por un farol de mano y la linterna del casco. Cuando se acercó al muro donde terminaba la caverna no podía dar crédito a lo que veían sus ojos: a través de la polvareda que se iba asentando de a poco, el muro de roca parecía brillar en la oscuridad, tuvo que acercarse y recorrerlo de lado a lado con el farol para terminar de comprender lo que tenía enfrente. No se trataba de un simple filón, era literalmente un muro de oro. La euforia lo invadió, quería gritar, saltar: estaba salvado. Si no fuera porque le generaba tanta repulsión hubiera regresado para abrazarse con Tomás. La avaricia hizo cuentas rápidas, con lo que podía sacar golpeando sin mucho esfuerzo con la culata de la pistola tenía más que suficiente para el rancho que siempre soñó; la imaginación afiebrada le hizo pensar que tal vez el rancho se podía transformar en una casona de hacendado. Lo importante ahora era asegurar el descubrimiento, tenía que dejar algunos hombres vigilando para que ningún otro capataz se le adelantara, debía elegir muy bien a quienes iban a trabajar en las cuadrillas de ese filón o no iba a haber látigo que alcanzara para controlar las manos furtivas.

Volvió sobre sus pasos, en búsqueda de Tomás que lo esperaba en la entrada, y así poder retornar cuanto antes a la superficie. Si Rosendo hubiera pasado más tiempo trabajando en la mina, habría sabido que ese fulgor zigzagueante frente a sus ojos era el chisporroteo de una llama consumiendo una mecha, y que al final del recorrido, aunque el polvo no permitiera ver nada, había un cartucho de dinamita. El grito contra esos mineros roñosos, hijos de puta y traidores no llegó a salir de su garganta, la explosión barrió con todo.

Para el momento que Tomás sintió el sacudón bajo sus pies, ya se encontraba a una distancia segura. Cuando el cimbronazo llegó al resto de la mina todos los picos y brazos se detuvieron: hubo cruces de miradas, gestos con la cabeza, sonrisas veladas y hasta alguna lágrima que dejó un surco en los rostros llenos de polvo; no se dijo una palabra, no se exclamó ningún grito. Pasados unos instantes la actividad se reanudó y el repiqueteo se volvió a oír como siempre. Aunque para los oídos experimentados los golpes no eran los mismos, había un cambio en la cadencia, en el ritmo: sonaban feroces, de rabia liberada, con la fuerza de hombros que sentían por primera vez en mucho tiempo algo de alivio, golpes que con cada vibración transmitían en las manos la sensación de justicia, tardía, pero justicia al fin.